

alto. Es curioso observar que toda la cornisa del templo esté decorada con ovas y hojas doradas, llegando estos relieves exactamente hasta la mitad de la pilastra donde comienza el Coro alto, es decir, donde tenían que interrumpirse para dar lugar a las rejas, hoy, por supuesto, arrancadas de su lugar.

BALVANERA

Comenzó este convento como recogimiento de beatas bajo la advocación de Santa Mónica, hacia 1580, y se convirtió después en monasterio concepcionista con el nombre de Jesús de la Penitencia. El 3 de mayo de 1663 se puso la primera piedra del actual edificio, costado por doña Beatriz de Miranda, bendiciéndose el 21 de noviembre de 1671, cambiando la advocación por la de Nuestra Señora de Balvanera.

El siglo XIX arrasó el convento y la decoración interior de la iglesia, con todo y Coros. Ahora se ha podido remediar un poco el daño devolviéndole un sencillo decoro ante la imposibilidad de rehacer sus antiguos retablos.

De los Coros sólo queda la bóveda del alto, más grande y solemne que las del templo.

SANTA INÉS

Don Diego Caballero y su esposa, doña Inés de Velasco, ricos hacendados, fueron los fundadores del convento de Santa Inés, para doncellas pobres españolas que podían ingresar a él sin dote. Las primeras religiosas salieron del prolífico convento de la Concepción, entrando en su nueva clausura el 17 de septiembre de 1600.

Don Diego ordenó al alarife Alfonso Martín que, cuando muriera, su estatua fuese colocada en el presbiterio, al lado del evangelio, “para que quede memoria de ser yo —dice— el fundador del dicho convento”. No sospechaba el padre que el vandalismo eclesiástico había de arrasar en el siglo XIX con casi toda la escultura funeraria de la Nueva España, no respetando ni a virreyes ni a obispos, menos a modestos burgueses. No fue tan cruel el destino,

sin embargo, pues queda su efigie, con la de su esposa, en una de las bellas puertas del templo.

El Coro quedó sin sus rejas, como de costumbre —y no por “ensanchar” para beneficio de los devotos domingueros la nave, sino “porque sí”—; pero existe el hermoso paño de cantera del Coro bajo. El hueco de las rejas es un arco muy rebajado, casi plano, con marco moldurado. Arriba un fino relieve con un San Agustín. La craticula y la puerta de acceso fueron de las más solemnes de la Nueva España, tanto por su tamaño como por sus marcos y esculturas de piedra. Se salvaron de su destrucción total, según parece, gracias a la familia Anda, que en 1877 las tomó para depositar los restos de sus difuntos.

El friso de ambas se adorna con triglifos y metopas y un querubín en medio. Los relieves son, en la craticula, un triángulo formado por Santo Domingo, San Benito de Palermo y San Juan Nepomuceno; en el centro el Cordero, recordando tanto a la Eucaristía como a Santa Inés. En la puerta de acceso están San Francisco, San Diego de Alcalá y San Antonio. Aún conservan restos de policromía.

SAN BERNARDO

Conocida es la historia del convento de San Bernardo, debido a un pleito de monjas que en 1635 salieron del convento de Regina por rivalidades en la elección de una abadesa.²²

El primer convento fue pobre y provisional, por lo que el rico capitán don José de Retes Lagarche dio dinero suficiente para construirlo de nuevo, comenzándose las obras en 1685. Se terminó en 1691, año en que se escribió el libro: *Sagrado Padrón y Panegíricos Sermones a la memoria debida al suntuoso magnífico Templo y curiosa Basílica del convento de religiosas del glorioso Abad San Bernardo . . .* por Alfonso Ramírez de Vargas.

Como del antiguo templo lo único que quedan son las fachadas, tenemos que recurrir a lo que nos dice de los Coros el cronista. “Al Coro bajo —dice— hacen lucido toldo dos bien acabadas bóvedas de aristas enteras, que en la longitud se dilata catorce varas; en

²² José María Marroqui. *La ciudad de México*, t. 1, pp. 615 a 625.